

Entrevista a Giovanni Levi

Giovanni Levi es decano de la Facultad de Letras de la Università degli Studi di Venezia. Se desempeña como profesor de Historia Económica de la misma. Entre sus numerosas obras cabe citar su libro *La Herencia Inmaterial. La historia de un exorcista piamontés del siglo XVII*, Madrid, Ed. Nerea, 1990. En el mismo se reconstruyen, a partir de un juicio a Giovan Battista Chiesa, párroco de Santena, estrategias económicas y de poder local. Este texto será aludido varias veces en la entrevista. G. Levi también es autor de *Centro e periferia di uno Stato Assoluto*. A lo largo de la entrevista varias veces es nombrado Eduardo Grendi, profesor de la Universidad de Génova e inspirador del programa de la "micro-historia". Ha escrito *La Repubblica aristocrática de i Genovesi*. Igualmente resultan aludidos el historiador italiano Carlo Ginzburg, y el molinero *Menocchio*, protagonista principal de la obra *El queso y los gusanos*, Barcelona, Muchnik editores, 1981. Levi y Ginzburg han editado una colección de obras microhistóricas bajo el sello de Einaudi, la *Collana Microstorie*.

La entrevista fue realizada en el mes de agosto de 1994, en la ciudad de Mar del Plata. Participaron de la misma Beatriz Bragoni, María Liliانا Da Orden, Fernando Devoto, Marcela Ferrari, Cristina Godoy, Eduardo Hourcade, Nora Pagano y Carina F. de Silverstein.

—Por favor, háganos una reseña de sus años formativos y de cómo llega a la Historia como profesión.

—Es muy simple. Cuando era muy pequeño era el último de la clase, durante el bachillerato seguí siendo el último; sufría mucho en la escuela, desde los 12 años me ocupaba de hacer la revolución y no de ir a la escuela.

Yo provengo de una familia antifascista por tradición. En Italia existe una especie de "Maffia" en sentido positivo, de la tradición laica antifascista que se conoce como "Justicia y Libertad". Mi padre fue a prisión, por primera vez, en 1935 junto con Leone Ginzburg, el padre de Carlo Ginzburg, y muchos otros. Después fue uno de los dirigentes del Partido de

Acción, un partido muy pequeño que desapareció pronto. Igualmente mi familia también tiene una gran tradición política socialista.

Nací en Torino, aunque de niño, vivía en Génova. Mi padre dirigía una planta industrial del estado. Era un hombre muy ingenuo y fue el único dirigente socialista en una empresa estatal que fue licenciado por problemas políticos, fue un gran escándalo. Esto fue en el '56.

Otro recuerdo, también del '56, es el de la única vez en mi vida que tuve el deseo de inscribirme en el Partido Comunista. Estábamos en la Escuela, y el director nos dice: "los rusos han invadido Budapest. Salgan a hacer una manifestación". Yo tenía diecisiete años y junto con otros seis, dijimos. "Nosotros hacemos las manifestaciones que nos da la gana". Y, ciertamente, no se podía decirnos vayan a hacer tal manifestación. Y en consecuencia, los seis, ocupamos la escuela diciendo que estábamos en contra de esa manifestación...

Entre los ocupantes estaban un campeón junior de canotaje italiano; yo, que era el hijo del intendente comunista de Génova, y algunos otros. Allí también decidimos inscribirnos en el Partido Comunista. Días más tarde fuimos al local del Partido, donde nos recibió el padre del actual Secretario del Partido, D'Alema. Lo primero que nos dijo, era que un buen joven comunista debía ser el primero de la clase; todos nosotros estábamos entre los últimos, y casi salimos corriendo. Y este fue el final de mis relaciones con el P.C.

Me parece que era un ejemplo de la atmósfera "clerical" del partido comunista. Esta idea del militante ejemplar, del misionero.

Mi padre se quedó en Génova y yo partí a Torino porque había finalizado en el '58 el bachillerato. Por otra parte, durante el ciclo económico 58-62/63, que es un ciclo de alza —y que fue un período muy importante también en Argentina—, recomenzaban después de casi 10 años los paros de la Fiat. Entonces, al final del bachillerato, decidí inscribirme en la Universidad sólo haciendo una carrera que me dejara mucho tiempo libre y me permitiera ocuparme de lo que me interesaba más. La inspiración era muy política. En Torino había una sede de la Fiat muy importante. Había casi 100.000 empleados de la Fiat y entonces yo decidí ir a inscribirme a la Universidad de Torino, pero también para iniciar la revolución, este fue el motivo por el cual una vez allí pensé que ser historiador era una cosa esencial para hacer política.

Torino es una ciudad un poco desconcertante, porque tiene una élite intelectual que finge ser muy abierta, pero que en realidad es cerradísima. Yo, por nacimiento pertenecía a esta élite, pero por voluntad no quería pertenecer. No me gustaba ser considerado en cuanto hijo, sobrino, etc. Y todavía hoy, cada generación intelectual torinesa tiene los mismos apellidos que la generación precedente. Yo siempre he mantenido mis relaciones, pero han sido un poco difíciles y externas.

Siempre he sufrido un poco en Torino, no me he sentido completamente integrado en este automatismo del rol dentro de la burguesía intelectual de Torino. Se trata, por otra parte, de una burguesía muy elegante que viene desde Gramsci y Rovetti y se extiende hasta Bobbio, etc. Esto se transmite incluso por los nombres. En el '37, los fascistas asesinaron en Francia a dos conocidos socialistas, los hermanos Carlo y Nello Rosselli. Uno de mis hermanos se llama como ellos; al igual que Carlo Ginzburg. Mis iniciales, G.L., son las de "Giustizia e Libertà". Todo esta inercia de legados es muy presionante.

—¿A quiénes recorda como maestros en la Universidad?

—Son todos profesores desconocidos aquí. Con quien yo más colaboré, fue con el Profesor de Historia del "Risorgimento". En aquel momento en Torino, todavía no existía el curso de Historia Contemporánea, sino que había una "Historia del Resurgimiento", que hacía las veces de historia contemporánea. El profesor, Walter Maturi, era un napolitano irónico. Ha escrito una gran historia de la historiografía del "Risorgimento", editada por Einaudi, sobre la base de las lecciones que nos daba y era un personaje muy simpático y muy inteligente.

Después mi maestro fue Franco Venturi, que es más conocido, pero que no fue un verdadero maestro en el sentido que no sabía dar lecciones. No le interesaba, era, es, un poco aristocrático. Entraba a clase, abría la carpeta en el punto donde había comenzado a escribir la noche anterior, nos leía todo aquello que había escrito, cerraba la carpeta y se iba. Pero era un maestro en el sentido que Venturi también había estado en el Partido de Acción; es decir, pertenecía a esta tradición liberal-socialista.

Tuve también otro maestro, no era un gran historiador; muy de derecha, pero que provenía igualmente de esta tradición. Se trata de Aldo Varosci, de quien luego fui asistente entrando a la Universidad.

—Ahora, estas personas estaban trabajando más bien en el campo de la historia de las ideas... Y cómo es la formación que lo lleva al terreno de lo económico ?

—Yo estaba muy ligado a un grupo que había en Torino que se llamaba "Cuadernos Rojos"; era un grupo de sindicalistas, de sociólogos, de militantes; era un grupo muy importante ligado a Raniero Panzieri. Entonces yo pensaba que los problemas económicos, los problemas de historia económica eran fundamentales.

En Torino había dos profesores de Economía muy importantes, muy conocidos, pero no muy simpáticos. Es por esto que no los considero mis maestros. Obtuve mis títulos con ellos. Ciro Lombardini que era un católico que enseñaba economía política, que venía del ACLI, o sea de la Acción Católica de los Trabajadores, y el otro, Francesco Forte que fue después Ministro socialista implicado con malos manejos de dinero público de la Ayuda al Africa. Yo obtuve dos títulos. Uno en Filosofía con Varosci y otro en Economía con Lombardini.

Justamente por ello realicé después mi tesis de licenciatura sobre Historia Económica Contemporánea acerca del sistema financiero fascista en el primer periodo, sobre el Primer Ministro fascista que se llamaba De Stefani, de quien en alguna enciclopedia se dice que "liberó de la tiranía de los Rojos el puerto de Génova". Pasé mucho tiempo en casa de De Stefani en Roma, para entrevistarle. Un gran personaje. Allí comenzó para mí esta gran pasión por la Historia.

De Stefani había sido despedido del Gobierno en 1925 y fue Consejero de Finanzas de Chiang Kai Shek. Formó parte de una de esas operaciones de difusión del fascismo, que hacía el Estado Fascista, estuvo 7 u 8 años en China, de hecho me presentó una gigantesca hija china: "ésta es el resultado de China". Era un personaje repugnante.

Después apenas graduado, en el '63, me convertí en economista: es decir, entré a trabajar en un centro privado dirigido por Forte que investigaba planificación territorial, y

estuve año y medio haciendo investigación de economía aplicada sobre desarrollo económico, vial, y territorial aplicado. Por ejemplo, el plan intercomunal de Savona.

En el '63 deje el Partido Socialista y así terminó el periodo de aventura. Entre el '58 y el '63 hubo todo un renacimiento de los sindicatos y de la lucha obrera en la Fiat que fue muy importante en mi vida, en el sentido que hice mucha actividad política; estuve algunas veces en prisión. En el '62 fui secretario de una sección socialista, la sección socialista más importante de la Lombardía; siempre en la izquierda socialista. Por ejemplo para las elecciones nosotros votábamos comunistas, en vez de socialistas, para estimular al partido socialista hacia la izquierda. Lombardini me decía salgamos del Partido Socialista, y al final me fui yo, y él no.

—*En aquellos años funciona el Instituto de Estudios Históricos de Nápoles que era un ámbito de perfeccionamiento para muchos jóvenes. ¿Mantuvo alguna relación?*

—No, yo no tuve ninguna relación. Venturi está muy ligado a ellos. Venturi dirigía, y dirige hasta ahora, la *Rivista Storica Italiana*, y yo era considerado un poquito "subversivo", y tampoco era un historiador de las ideas. De manera que no tuve relaciones con ellos. Venturi decía, la única cosa de los hombres que interesa se desenvuelve entre los extremos de la frente.

—*¿Cómo vive las movilizaciones del '68, cómo lo impactan en su propio desarrollo intelectual?*

—El '68 fue muy importante en Italia. Yo ya era un poquito viejo. Era profesor además. Yo me había salido del PS, me desenvolvía en un grupo de "estudiantes-obreros" —como había varios en Italia—. En el '68 participamos de diversas tomas en la Universidad. En Torino, fue muy violento. Mi participación fue bastante marginal, e incluso ambigua, porque yo era docente.

—*¿Fue afectado por las impugnaciones a docentes? Por caso, Venturi fue impugnado...*

—Esta etapa fue mucho más dolorosa para Venturi que para nosotros. Yo no estuve en la impugnación a Venturi. Yo estuve en la constestación de Chiodi, uno de los introductores de Heidegger en Italia. Pedí que fuera destituido. Vátimo, que es muy conocido, pidió mi destitución. Vátimo era muy oficialista, uno de los líderes de Acción Católica. Venturi tomó la impugnación con total discreción. Era una cosa tan agresiva y notaba que aquello tenía algo de fascista y en consecuencia reaccionaba. Decía "Estoy dispuesto a defenderme" y quería tomarse a trompadas con los estudiantes, pero me parece que digirió esta cuestión bastante bien. Tuvo problemas con alguno de sus ayudantes, aunque no creo que haya sido insanable.

Desde el interior de la Universidad, no me parece que esto haya tenido consecuencias importantes. Para mí, personalmente, el '68 no es muy importante. Es más importante el período sucesivo.

La crisis del '68 es el inicio de la tentativa de hacer algo duradero, y que luego resultara desastrosa. Luego del '68 constituimos otro grupo de los denominados "Estudiantes-obreros" que trabajaban en una región cercana a Torino, haciendo labores de militancia obrera, una actividad que tomó bastante importancia.

Este grupo era fuertemente "anti-leninista", en el fondo anarquista, y con posiciones cercanas a "Lotta Continua". Sin confundirnos, porque para nosotros "Lotta Continua" tenía una organización muy burocrática, muy jerárquica, y por esto no estábamos en completa sintonía. Estoy convencido que esta inspiración, en el fondo un poco anárquica que había en el socialismo, me ha acompañado siempre.

Este grupo permaneció hasta el 72-73, cuando se divide trágicamente alrededor de la cuestión lucha armada-lucha no armada. Algunos de estos jóvenes pasaron a la lucha armada y han muerto trágicamente.

Fue muy impresionante. Porque muchos que éramos profesores universitarios — entre ellos yo—, habíamos suscitado un movimiento que luego no podríamos controlar. Estos jóvenes se denominaban los "marxistas-leninistas" y nosotros no salimos a pararlos. Eran muy de choque, no de convencerse políticamente. Pensaban con gran simplificación. Luego hubo una dispersión del grupo con muchas consecuencias dolorosas para el período sucesivo.

—¿Cuándo, entonces, se profesionaliza como historiador?

—Yo tengo una imagen muy nítida, pero seguramente no estaba tan motivado. Mi imagen es la siguiente: nosotros examinábamos la actividad de las fábricas, de las plantas industriales, y de los trabajadores, con la intención de estimular la lucha sindical en relación a la organización fabril y al salario. Hasta que un día un obrero me dijo: "Yo estoy muy agradecido del hecho que Uds. se interesen de mi salario, de mi trabajo, etc. pero a mí no me importa nada. Yo pienso que mi trabajo en la fábrica es la parte menos importante de mi vida. Mi vida está afuera de la fábrica. Voy a la fábrica por necesidad. En cambio Uds., están obsesionados al sostener que para nosotros la cosa central es la fábrica, que en verdad les interesa solamente a Uds. y a mí no me importa nada." Es un episodio muy pequeño, pero para mí muy iluminante.

Nos enseñaba que habíamos hecho una lectura, en el fondo "leninista" de la realidad, que hacía falta entonces pasar a la "microhistoria". En forma rápida así es como yo me imagino el tránsito. Deseaba observar la realidad desde un punto muy pequeño, si se quiere, antes de llegar a la generalización, en lugar de aplicar la generalización a un punto pequeño.

Yo creo que mi interés fuerte por la historia comienza en los años '70, vale decir, en un período de crisis de la política y también de reflexiones sobre este quiebre tan rápido de movimientos que nos parecían definitivos.

—¿Cuáles son las etapas de su vida profesional?

—Yo ingresé a la Universidad a principios del '65. Si recuerdo bien, para el '68 me había convertido en el sucesor de Ruggero Romano en la Universidad de Torino, en la cátedra de Historia Económica. Inicialmente me desempeñé como lo que se denominaba "Asistente-Voluntario". Después trabajé como empleado. Vivía muy difícilmente; mientras

tanto me había casado, y tenía algunas dificultades para sobrevivir. Luego he sido "Asistente de Planta", vale decir, inamovible dentro de la organización burocrática estatal. Como dije en el '68 he sido encargado del puesto de Historia Económica. Más tarde la carrera, con algunos concursos, se ha desarrollado casi automáticamente. He sido profesor asociado, y desde el 87, profesor ordinario.

La carrera universitaria en la Italia de aquellos años tenía este automatismo. La Universidad era pequeña; las personas inteligentes podrían ser seleccionadas —siempre había algunos conflictos—, pero habitualmente había una cierta garantía de hacer una carrera. Ahora, en cambio, mis estudiantes tienen la garantía de no poder hacer carrera en la Universidad, de no poder entrar a la Universidad.

Por eso es muy distinta, incluso, la manera de enseñar. Nosotros hacíamos mucho trabajo voluntariamente, porque éste era, aunque informalmente, reconocido, y era tener una presencia real en la Universidad. Hoy, en cierto modo tengo temor de decirle a un alumno "este trabajo es tonto", porque creo que me puede contestar "Y a mí qué me importa hacerlo mejor". Es más difícil la relación entre profesor y estudiante. Los estudiantes son muy buenos, pero yo me siento prevenido de no ser demasiado agresivo. Yo siempre he tratado de mantener una ligazón un poco voluntarista, un poco política, con mis estudiantes, y siempre he tratado que hicieran cosas que tengan alguna relevancia política, aunque se estuvieran ocupando de historia moderna. También hemos tenido un período de promoción de la historia oral que era la manifestación más ingenua de esta voluntad. Igualmente se trata de impulsar una manera entretenida, no sólo útil, de cultivar el oficio.

—¿Qué influencias recibe de la historiografía y las ciencias sociales de dentro y de fuera de Italia que influyeran en el programa de la microhistoria?

—Me han influenciado sobretodo dos personas, dos italianos, pero ambos tienen una fuerte inspiración desde fuera de Italia. El primero, es un personaje extraño, Eduardo Grendi, un historiador brillante, aunque difícil de leer, porque escribe de manera rebuscada. Personaje de carácter aristocrático, genovés, que luego de escribir una página elimina todo lo que le parece superfluo y finalmente el resultado es ilegible. Yo me he convertido en uno de sus grandes intérpretes. Es un hombre muy estudioso al que quiero mucho, aunque es un tanto conflictivo, con el que estoy ligado los últimos diez años.

Grendi ha pasado muchos años en Inglaterra, en la London School of Economics, y es uno de los introductores en Italia de una fuerte influencia de la antropología social británica. Ha realizado una antología sobre la antropología económica, para Einaudi, y luego nos ha enseñado a nosotros en torno a la importancia de la relación historia-antropología, no en general, sino alrededor de problemas concretos. Creo que esta ha sido una influencia muy directa sobre mí, involucrando a un historiador italiano y a una disciplina como la antropología inglesa.

Por otra parte, desde el año '64, estoy casado con Luisa Accati, que tenía la idea de que Francia era el país más importante del mundo. De manera que mi vínculo de lectura con Bloch, con los *Annales*, y con cosas por el estilo, ha estado muy mediado por los intereses de mi mujer sobre Levy Strauss. Ella fue una de sus alumnas. El conocimiento de Levy Strauss hizo que al final terminase por gustarme y por aprovecharlo como conocimiento social.

Hacia fines de los setenta, decidí no quedarme todo el tiempo en Torino, y moverme todo lo posible, pero para el '83 ya los viajes me tenían cansado. En ese momento recibo una invitación de Natalie Simon Davis para Princeton, donde permanecí un año completo, y esto ha ensanchado mi currículum geográfico con el conocimiento del medio norteamericano.

A ello debe agregarse mi formación en economía.

Me han hecho notar, que en mis clases, casi no cito a historiadores, casi no me interesan. Los historiadores son a veces interesantes, sin duda, pero han influido poco en mi formación. Me ha influido mucho la idea, marxista, de que la ciencia social sea una sola, de todo entremezclado y la idea de que la madurez teórica y metodológica de muchas otras ciencias sociales, desde la crítica literaria hasta, digamos, la economía sea mucho más alta que aquella de la historiografía.

Si tengo que nombrar a un gran historiador que ha influido directamente sobre mí, a quien además he querido muchísimo, es a Witold Kula. Él vino durante tres o cuatro años sucesivos a Torino a dictar cursos, unos cursos maravillosos. Incluso, yo lo ayudé a completar la parte italiana de su libro sobre "metrología". Kula, me parece, en el fondo ser un historiador que cita a pocos historiadores, pero muchos autores de las ciencias sociales, y que siempre me ha resultado inspirador. Se podría decir, Kula, Grendi, Accati. Por cierto, también Venturi.

—¿Cuál es su relación con Carlos Ginzburg?

—La relación con C. Ginzburg es una relación muy personal. Nosotros fuimos durante 6 meses compañeros de escuela, en Torino. Luego él se va a estudiar a Roma, mientras que en el 52 yo me voy a Génova. Nos hemos reencontrado en el 50-51, jugando al fútbol, hicimos amistad, luego nos distanciamos y hemos vuelto a vincularnos.

Es un hombre de poco diálogo, un hombre difícil. Es una persona que tiene mucho para enseñar, pero que no sabe enseñar. Es una persona de la que se puede sacar mucho provecho. Tiene una gran velocidad e intensidad de cerebro, y también una fuerte carga emotiva.

Hemos colaborado durante diez años en la edición de la *Collana Microstorie*, pero la crisis de *Quaderni Storici* y algunos sucesos personales han hecho que en estos días las cosas sean un poco difíciles, como siempre. En cuanto a su idea del paradigma indiciario, que creo muy interesante, me parece sin embargo que en este artículo no se centra en lo fundamental, vale decir, en que debe ser descripto el proceso de la investigación.

Una de las grandes novedades de la microhistoria, es que nosotros empezamos a decir qué cosas hacíamos. O sea, admitir que el historiador no pusiera conclusiones sin tener documentación suficiente; o que hiciera saltos, explicando el proceso lógico que le permitía hacer estos saltos.

En general, encontramos en libros de historia, la "historia como ha sido". El método indiciario es un método de reconstrucción que subraya la necesidad de describir el proceso de reconstrucción indiciario dentro del texto de historia. Una característica de este aspecto detectivesco es que los historiadores fingen que entre investigación, escritura y comunicación de la investigación no hay transiciones; es decir, que la investigación se hace escritura y que la escritura se lee.

La investigación dura cuatro años, el libro tiene 150 páginas y el lector entiende cosas diferentes. Es decir, son tres operaciones completamente distintas. Fingir que son lo mismo es el gran objeto de la retórica negativa de la historia. Aquello en lo que Ginzburg insiste que debe hacerse es hacer explícita esta diferencia de actividades. Igualmente se debe informar precisamente la procedencia de las fuentes.

—¿Cuál fue su relación con el marxismo, y sobre todo, en el marco de las intensas discusiones teóricas del marxismo de los años sesenta y setenta?

—Yo creo ser marxista, pero como se dice en Italia, siempre he sido un "anticomunista visceral". Creo tener una mentalidad anárquica, no como ideología general, pero me irritan mucho todos los aspectos organizativistas, jerárquicos, etc. En cuanto a las lecturas marxistas, creo que las hice más como intelectual que como militante. No creo que el marxismo haya sido un elemento técnicamente importante en mi formación, si exceptuamos la formación de economista e incluso, cierta influencia en la de historiador. En verdad, las grandes discusiones sobre el marxismo, las diversas interpretaciones del marxismo en Italia, de aquellos años, nunca me resultaron demasiado interesantes. No fui un lector muy atento de esta literatura teórica. Recuerdo que en la pensión universitaria, los libros marxistas se jugaban al póquer. Al final de la noche, el perdedor mostraba su biblioteca y dejaba elegir al ganador. Todos teníamos bibliotecas llenas de autores como, por decir, Llenkov, o autores terminados en Ov. Al día siguiente, con un poco de suerte se podían recuperar. Esos libros eran como fichas.

Más en serio, sobre las polémicas de los historiadores marxistas, Sereni ha sido para mí un autor de gran importancia. Pero yo no he tenido particulares intereses teórico. Me parecía que la teoría era ya suficiente y que hacía falta profundizar el estudio histórico. Ahora parece ser lo contrario, que hay demasiados historiadores y pocos teóricos.

Pero en ese momento, era un gran debate de teóricos y de pequeñísima investigación histórica. Sin duda, Sereni ha sido uno de los más grandes historiadores italianos. Grande porque encontró un modelo simple que explica muchísimo, el modelo de la unificación del mercado nacional de precios, etc. Yo creo que este fue uno de esos libros geniales, al nivel del libro de Kula, uno de los cuatro o cinco libros disponibles que, con un golpe de genio, resuelven una interpretación general. Junto con Bloch y Kula es de los historiadores que más me influyó.

Sin embargo, tengo una objeción fuerte. Una de las razones, y lo digo siempre a mis alumnos, por las cuales yo creo que el PC es culpable en la historia de Italia, es por esta idea que aparece en Gramsci, y que está también en Sereni, de que primero debía desarrollarse el capitalismo, para poder hacer el socialismo. Esto es, que toda la idea de que el desarrollo de la pequeña propiedad, era necesario para luego expropiarla para hacer llegar el capitalismo y luego poder hacer el socialismo, es una idea iluminista, de hecho jacobina, del PC que ha costado muchísimo.

Nosotros hemos vivido años prisioneros del concepto de "residuos feudales" de Sereni. Italia es un país católico, y lo que los comunistas no han entendido es que hay un modelo específico de estado católico, y no de residuos feudales. La idea de un solo modelo de Estado moderno, es la tragedia del Estado en Italia. La gran victoria de los Democristianos es que han entendido que el Estado podía desarrollarse sin ser moderno. No hacía falta

que el Estado siguiera un modelo en particular. Han construido un Estado moderno-arcaico. La idea del residuo feudal es aquello que ha arruinado a la izquierda italiana, porque no le ha dado línea. ¿Se podía acelerar? No. El PC podría ser pensado como el más patronal de los partidos en nombre de la modernidad.

Por eso no digo que Sereni pueda haber sido mi maestro ideológico, pero desde el punto de vista técnico la idea de estudiar la covarianza de los precios en varios mercados es genial, en primer lugar por su economía. Es una idea simple, muy demostrativa. Como técnica historiográfica resulta positiva.

—¿Cómo concibe la relación entre Historia y Ciencias Sociales?

—La relación entre Historia y Ciencias Sociales es difícil porque, esta relación es fundamentalmente metafórica. Puedo dar dos ejemplos. Un joven historiador que ha publicado en la *Collana Microstoria* incluye una frase que nos ha molestado mucho a Ginzburg y a mí. "Recurrimos a Olsen", lo que quería decir, yo como historiador no puedo resolver el problema, entonces recurro a Olsen, teórico de la organización para que me devuelva. Esto, pienso que es lo contrario de nuestro oficio. No se trata de que ubicándose en una ciencia vecina se pueda avanzar. Es necesario ver cómo se usan, cómo se mezclan y cómo se recrean e incluso las nociones, W. Kula ha hecho esta operación en ese primer capítulo del libro sobre la teoría económica del sistema feudal. Toma a Lewis y ve como aplicarlo. Pero dice el mismo Kula, que el uso que se hará será metafórico. No es que Lewis se aplique a la sociedad feudal, pero Kula lo usa de una manera creativa; es así como nacen las ideas.

La idea adecuada me parece es la de usar metafóricamente a las ciencias sociales, de recrearlas, en verdad tomando las contribuciones que hacen las ciencias sociales. Casi todos los usos de las ciencias sociales, especialmente en cuanto a como yo las he usado.

Otro ejemplo es mío. Grendi lee mis artículos y dice: "tú usas, por ejemplo a Wolf, pero lo usas de manera diferente". Así es, le digo, no me importa decir algo distinto; lo que me importa es lo que él me ha sugerido, de modo que indico que esa idea me ha venido de E. Wolf. Pero no es que yo lo siga a este autor, digamos, filológicamente; lo uso como inspiración; lo declaro como inspirador. Y hago un uso como decía metafórico.

—¿Cómo es la dimensión mercantil de la nueva historia, de la microhistoria, de los nuevos temas?

—La Microhistoria como mercado, vendió muchísimo. La revista *Quaderni Storici*, es la revista de su tipo con mayor número de abonados dentro del mercado nacional e incluso difusión internacional. Es una revista con ganancias: no tiene subsidios y produce más que sus gastos. En cuanto a la *Collana Microstorie* tiene agotados prácticamente todos sus títulos, incluso los de mayor tirada. Se ha multiplicado el número de lectores, podría hablar de una dominación del mercado. Hay gente que piensa que la microhistoria se preocupa de chismero, homosexualidad, monjes y monjas, etc., pero la verdad es que hay un verdadero fulgor de investigaciones originales.

He discutido con un alumno de Venturi, cuyo libro había vendido 300 ejemplares y que me decía "Uds. los microhistoriadores están en una torre de marfil, somos nosotros lo

historiadores que le hablamos a la gente." No es para polemizar, pero hemos vendido quince veces más que él.

Por supuesto, no somos los únicos. De Felice también vende muchísimo, pero debe tenerse en cuenta que la historia contemporánea tiene un área de lectores más amplia. Cualquier editor en Italia que desee vender quiere nuestra colaboración. Somos la única colección de historia que se vende completa.

—¿Cuál fue la relación con *Quaderni Storici* y toda esta primera generación de historiadores que Uds. sucedieron (Caracciolo, Villani, etc.), que era un grupo en pugna con las tradiciones dominantes?

—La relación fue bastante conflictiva. No todos tomaron con alegría nuestra incorporación. *Quaderni Storici* ha resultado de la reunión de profesores muy académicos, pero muy innovadores, en cierto sentido. Eran de la Universidad de Ancona y de Milano (Sori, Paci, Anselmi); Caracciolo, de alguna manera los galvanizó porque es un gran organizador cultural; y Villani, de Nápoles.

La revista era sobre todo entusiasta, no genial. Pero más tarde, al devenir nacional, han introducido a una serie de personas vinculadas a ellos, como Grendi, Ventura, de Padua, M. Rosa con fondo católico, pero muy académico. Grendi, más tarde, nos ha propuesto a mí y otros más. Hasta el '83 esta alianza dio un tono de mucha relación con las ciencias sociales.

En el '83 tanto Grendi como yo estuvimos en los Estados Unidos todo el año, y antes de irnos propusimos el ingreso de Ginzburg, Prósperi, Luzzatti y otros. Yo creo que fue una buena elección; eran todos historiadores muy capaces, pero hacer una revista no es sólo hacer una reunión de gente inteligente. Es un trabajo muy fatigoso y si alguno molesta impide el funcionamiento. Todos estos nuevos que entraron eran incapaces de hacer una revista. Eran grandes historiadores pero no tenían espíritu de cuerpo.

Al regresar, a fin del '84 encontramos la revista muy polarizada pero hasta el '87-88 yo creo que fueron los años óptimos. Yo después me alejé. Hacer una revista es cansador. La vieja generación se ha alejado. Ahora la hacen Torre, Raggio que están relacionados conmigo, pero tienen dificultades. Demasiado jóvenes y también un poco fuera del circuito académico. Es muy difícil hacer una revista monográfica, temática y orientada.

Pienso que la microhistoria es una crítica de la izquierda pero también de *Quaderni Storici*, y que ahora es momento de pasar de la crítica a la construcción. Que sería importante sacar otra revista, que podría llamarse "Ejercicios de Historia Social", que estimule la reconstrucción conceptual luego de lo que hemos (y se ha) exagerado a destruir después de la caída del Muro de Berlín.

—¿Cómo sería una reconstrucción conceptual que evite la vía de un análisis estructural que la microhistoria intenta superar? ¿Existen posibilidades de síntesis y/o de modelización?

—La microhistoria en el campo de la clasificación social constata que la clasificación social tradicional es insuficiente, demasiado simple, tanto desde un punto de vista histórico como político. No describen adecuadamente la realidad. Por eso mucho de nuestros

esfuerzos, e incluso mi estilo personal, son negativos. Yo no hablo mal de los libros de otros, pero no los escribiría así.

Algo parecido puede decirse de las clasificaciones sociales. Bien, no te gusta como lo hace Giddens, pero y tú cómo las haces. Creo que éste es el problema, de salir del punto, de mostrar cuantas cosas complejas hay por debajo de las simplificaciones inadecuadas, y también el de arribar a las cuestiones concretas. Esto es lo que tratamos de hacer.

Veamos, por ejemplo, el problema del consumo. Este es un problema enorme. No se trata de algún aspecto particular, regional. Al contrario, es un hueco enorme que ha dejado la historiografía e igualmente un tema central para la discusión de los economistas. Las diferencias entre los estilos de consumo hacen difícil de prever la economía futura. La gente es el motor del sistema económico y se hacen indagaciones antropológicas y sociológicas sobre el consumo. Yo creo que antes que una síntesis conceptual deben hacerse entrar, en conjunto, todas las preguntas que deben hacerse respecto del consumo.

En cuanto a los modelos, en cuanto difieren del caso preciso, son extraordinariamente elásticos; por ejemplo, la relación consumo-trabajo en la familia, yo lo aplico sobre un caso, lo invento sobre un caso, pero creo que es la pregunta adecuada para plantearle a cada organización familiar. Otro ejemplo, el mercado de la tierra en Santena. Yo lo estudio allí, pero creo que he entendido sus reglas generales, y éstas son las preguntas a hacerle a otros mercados. En cambio, muchos han estudiado mercado de la tierra en India, y no lo encontraban porque eran muy generales sus preguntas. Es obvio que en la India hay muchos mercados de la tierra, pero si en un pequeño trozo del mundo también encontramos muchas estrategias mercantiles, de ese análisis pueden venir preguntas de sentido generalizador para la India o el lugar que sea. La generalización reside en la forma, desde luego en la interrogación que suscita diversas respuestas.

La forma produce casos particulares. Por caso, si estudiamos las migraciones, no se trata de describir las infinitas migraciones o de dar un discurso general, sino de buscar las generalizaciones que permitan hacer las preguntas adecuadas a cada inmigración. Tomemos el modelo de Sereni de la covarianza de precios. Una vez que Sereni inventó este modelo, en el fondo, ninguno lo ha aplicado jamás. Porque lo lindo, es haberlo inventado. Lo mismo con el libro de Kula. Este libro hermosísimo se podría aplicar a cualquier país del mundo. Pero nadie lo ha hecho. La cosa interesante de la historia no es qué ha sucedido, digamos en Mendoza, que no le interesa a nadie. Lo interesante es el cerebro de los que estudian estos universales, el cerebro de los historiadores que es universal.

—¿Cómo aprecia desde el punto de vista de la microhistoria, el concepto de región?

—El concepto de región no entra dentro del campo microhistórico. De todos modos ha habido un largo debate sobre la idea de región, cuyo centro creo que es: ¿se parte de la región, o se arriba a la región? Me parece que el único modo de estudiarlas es partir de las regiones actuales, el método regresivo. Podríamos estudiar la región de Rosario si partimos de cómo es administrativamente hoy y si vemos cómo esto se ha constituido. Casi siempre cometemos el anacronismo de asumir las regiones, como las vemos hoy, como si fueran un lugar constantemente definido. No creo que la microhistoria en este caso, sea alternativa. Ahora, si la pregunta es cómo funciona una frontera, un límite regional, esto puede ser estudiado microhistóricamente. No el problema general, pero, por decir, ¿cómo se forma la

gravitación sobre Rosario o sobre Santa Fe? Este es un resultado histórico factible de ser estudiado en una localización pequeña.

Pero vale la pena aclarar que yo no pienso la microhistoria como una alternativa a la macrohistoria, sino que sea un procedimiento de indagación preciso. De muchos resultados, especialmente donde la macrohistoria da resultados confusos.

—*Esto parece ligarse al editorial de los Annales de 1989, cuando hablaban del "tourmant critique" y las modificaciones de la escala de observación, según la investigación.*

—Tuve bastante que ver con esa presentación de *Annales*; la discutí con B. Lepetit y con J. Revel, entre otros. La única frase de esa introducción con la que difiero y me parece equívoca es que la microhistoria sea una reducción instrumental de la escala. Se podría con el mismo objetivo utilizar el lente de ampliación, dice Revel. Yo no lo entiendo así. Nadie en la ciencia usa el macroscopio. Se usa el microscopio. Me parece que es un equívoco que proviene de acentuar el carácter instrumental. Existe, además, un elemento de ideología en el fondo de la microhistoria. Una idea que ya se discutía entre Platón y Aristóteles. "Veo el caballo, pero no veo la *caballidad*". Nosotros, junto con Wittgenstein, pensamos que la *caballidad* se puede encontrar sólo en el caballo. O sea, que la relación entre generalidad y situación específica es sobre todo una relación de convención intelectual. La generalización, en cierto sentido, es un producto local.

La historia tiene en común con otras ciencias sociales, que todas nuestras investigaciones tienden a hacer que la escala esté en las cosas. Estudiamos la región de Rosario porque la podemos ver, es decir que la escala está dada. Nosotros hemos insistido mucho sobre el problema de la escala, poniendo nosotros la escala. Hacemos hincapié en que la intervención del historiador no es neutra; no se relaciona con la realidad como una cosa, sino que organiza sus preguntas, y en consecuencia, organiza la realidad sobre la que las aplica. Esto no es un relativismo; no dice "crea lo real", pero crea las dimensiones de lo real que él va a estudiar.

Si tú lees un libro sobre Santena, las generalizaciones que haces, van por tu cuenta, como lector, y cuya actitud no es autónoma; no eres una tabla rasa. Nosotros reaccionamos intelectualmente a las cosas que leemos. Me parece que hay bastante de ficticio en la confrontación general-particular. Si sirve ocuparse de las cosas chicas, nos ocupamos; y sino, nos ocupamos de cosas grandes. Volviendo a Grendi, él estaba muy irritado por el concepto de burguesía de A. Daumard. Un concepto así nos envuelve casi a todos. La idea de "pequeña burguesía" es tan intederminada que... Por cierto Grendi era agresivo con un libro que contenía un enorme trabajo, pero de una gran rigidez categorizante. En este sentido, a pesar de algunas críticas valorizamos a E. P. Thompson. Thompson es como un dios para nosotros, con los límites que tienen los dioses. Thompson ha sido un verdadero maestro y Grendi ha sido su introductor en Italia.

Diría que no siempre es posible la tipificación. Por ejemplo, Ginzburg estudiando a Menocchio ha organizado ciertamente una escala específica, una escala micro, que luego ha reducido a menos de la comunidad en la que vivía Menocchio. Finalmente, la redujo a una persona, pero la ha propuesto como típica en el sentido de una teoría macro. Menocchio vendría a ser el máximo de unas elaboraciones producidas por una cultura popular inculta, sin el debate teológico de Servet o los grandes heréticos. Uno de los debates sobre el libro,

fue si la inspiración de Menocchio era anabaptista, mientras que Ginzburg insistió siempre sobre el carácter autóctono de Menocchio. O sea, que son posibles analogías entre tipicidad y escala, pero nuestra insistencia sobre la escala es para impedir que los historiadores hagan la ficción de que son servidores pacientes de lo real.

Debemos partir del conocimiento del instrumento que usamos. Si no, este es un truco de la ficción de que somos objetivos. Somos objetivos si describimos lo que estamos haciendo. Esta es la verdadera objetividad. En este sentido también puede pensarse la previsión en historia; me refiero a previsión en el pasado. Pocas cosas causan más alegría al historiador que suponer ciertas cosas y encontrar luego en los documentos esos comportamientos.

—¿No hay un fondo romántico en la imagen de sus campesinos, en la de Menocchio, en los lectores de Chartier, un vínculo afectivo y de consecuencias historiográficas?

—Creo que sí. Pienso que Chiesa es un imbécil, un gusano. Pero le tengo una adhesión sentimental como ser humano. Creo que el respeto es otra regla fundamental de la actividad histórica. No la simpatía, Chiesa es muy antipático. Por ejemplo, tengo rechazo por el *Montaillou* de Le Rey Ladurie, porque ha descrito campesinos que se hacían matar por sus ideas, olvidando este hecho. Describiendo lo que comían o su conducta sexual, mientras que éstos tenían el enorme valor de hacerse matar por sus ideas. A mí me parece contraria a mi pasión romántica por nuestros ancestros. Por supuesto que tiene consecuencias; y tiene como principio el respeto. La única cosa que no se puede soportar de un historiador es que trate con suficiencia las personas de quienes se ocupa, aunque se ocupe de degenerados, locos o gusanos. Es una operación delicada, leemos documentos personales.... Más que romanticismo, hace falta respeto. La falta de respeto es una vulgaridad, ni siquiera es estética.

Además, y partiendo de mi experiencia personal política, yo creo que la historiografía, digamos, "buena", se divide en dos grandes corrientes. Y esto es, sin duda, ideológico. Se divide entre historiadores "éticos" e historiadores "estéticos". Yo creo ser de los primeros, mientras Ginzburg me parece un "estético"; creo que Darnton pertenece también a este grupo. Son aquellos en cuya lectura no se siente la pasión moral, sino que se siente la pasión del juego intelectual. En la *Historia Nocturna* de Ginzburg no se siente la ética, sino la gran pasión por cómo funcionan las creencias, cosa por cierto muy noble; para mí, en cambio, la cosa comienza por poner el corazón sobre la mesa, medio desarmado. Entonces mi ideología sería que en la historiografía hay una base moral y que tiene un rol en este sentido. No estoy en contra de la otra corriente, pero no me encuentro a mí mismo en un puro juego intelectual.

—¿Cómo se hizo, concretamente, La Herencia Inmaterial?

—En cierto modo hay una influencia de Ginzburg. Porque es un libro polémico con Menocchio, porque yo he tratado de demostrar cuántas cosas caben en la historia de un imbécil, de un loco, mientras que él trató de demostrar cuántas cosas caben en la historia de un inteligente. Pero también ha influido en el sentido en que me dijo "Tú has escrito

muchas y muy buenas cosas, pero siempre con sentido corporativo. Tú te imaginas que el lector son tus colegas historiadores".

En cambio, en el origen de la *Collana Microstorie* hemos dicho que era para escribir libros de historia pensando en diez mil lectores. Esta ha sido una enseñanza fundamental para mí. Ginzburg escribe para el público. Yo, en cambio, escribía esencialmente para Franco Venturi... Por caso, un artículo que luego tuvo mucho éxito lo estuve reescribiendo por tres años, porque estaba tratando de escribir en estilo venturiano, para su revista, etc. *La herencia inmaterial* intentaba cambiar el estilo.

Por otra parte, durante casi tres años estuve pensando en el juicio a Chiesa, al que encontré por casualidad. En el 79-80 estábamos trabajando en Santena un fondo obispal de causas matrimoniales, separaciones, divisiones, etc. Todos los procesos matrimoniales conectados con la aplicación de la contra-reforma. En el Seiscientos hubo una gran guerra para convencer a la gente que el matrimonio era un sacramento y que no bastaba con ponerse de acuerdo y que no se debe hacer el amor antes de la unión sacramental.

En medio de estas causas, estaba el proceso a Chiesa y, lo más fascinante de este repertorio documental, el cuaderno de las curaciones de Chiesa. Como era un sacerdote, eran actos comprendidos en el fuero eclesiástico. Allí aparecían todos sus "pacientes" y dolencias. Más que todo el juicio, este cuaderno con casi 600 curaciones me parecía extraordinario. Eran una humanidad densa, difícil de encontrar para el Seiscientos, y que eran todas personas que se podrían resucitar. Mi idea era hacer una reconstrucción prosopográfica; intentar buscar en todas las documentaciones disponibles para ver quién resucitaba. Luego intenté diversas explicaciones junto con mis estudiantes y no alcanzaba a resolverlo completamente. Finalmente algo logré, se publicó en 1985.